



706 B21

A Salvador Reyes

Quisiera, con este pequeño homenaje a este gran escritor, manifestar mi gratitud tal vez en nombre de todos los que hemos gozado el placer de embarcarnos en sus viajes de ensueño y en las peregrinaciones alucinantes de sus escritos.

No lo conocí mucho. Pero es que se necesita mucha sabiduría para reconocer el fruto de un marino, el perfume de un espino o el gallardo real!

Quisiera me sea difícil el, para mí, hablar de esta persona a quien tuve la honra de conocer dolorosamente tarde ya que él encerraba el sabio fruto del marino; su alma exhaló el nostálgico perfume del espino chileno y mostraba la belleza de la rosa de su poesía y de su vida de rosa de los vientos.

Este triple desdoblamiento creo que lo conocí cuando su sombra pasó brevemente cerca mío. Y es sólo a base de este privilegio que tuve al conocerlo, que quiero decir unas palabras a su memoria. Aquí en este puerto de su Norte que tanto amó y que no olvidó en todo su largo peregrinaje por el ancho mundo.

Copiapó le presió airo para su nacimiento y lo nutrió de patria con su aire saturado del respirar de los errantes milonarios, poetas del desierto. Pero fue aquí en Antofagasta donde vivió la más rica experiencia de la infancia y el arullo cálido de la adolescencia. En su libro "Qué diablos, la vida es así..." narra partes de sus memorias llenas de nostálgicas anécdotas de este puerto, también de Talca, Caldera y otras ciudades del litoral Norte. En este Norte fue donde empezó saboreando el mar como quien dice junto con los pesceros sorbos de la leche materna, transformándolo en parte constitutiva de su ser mismo a tal punto que el mar fue su destino permanentemente en su obra y en su vida, aglutinándose su alma de marino ávida de cambiantes horizontes, de aventuras exóticas y marcándolo desde siempre con ese "aire" de hombre un poco distante, envuelto en la melancolía de su gesto un poco "ido", como un capitán de barco, de perfil a penas, rodeado de la bruma triste de su pipa que encerraba una continúa y eterna despedida.

El mar salvaje, lleno de maravillas, incommensurable de libertad, agitado siempre en oleajes de inquietud y grandeza. El mar que da la exaltación de la vida y la calma del conocimiento del vivir. El mar que fue suyo y le hizo poeta errante de su vida, con mil puertos de nostalgia, como ese Valparaíso camuflado de barcos y de viento de hombres anclados y agitados de pasiones que en forma tan viva describe

en su novela "Valparaíso puerto de nostalgia" y en "Mamá San Diego".

El frío, verde y tormentoso mar chileno de Cabo de Hornos al Sur. La mar Antártica perfumada de rica fauna marina, de misterios y tesoros naturales, pronta a que la fecunde el hombre chileno que, como chileno, espera, con su dote de inmensas tierras virgenas y ensajada de riquezas naturales. Esa Antártica que describió vívidamente en su libro "El continente de los hombres solos". Esa misma Antártica que él vivió, palpó y amó y defendió como poeta visionario de su Chile y para defender la cual fundó el "Circulo Antártico Chileno" en octubre de 1965, junto con otras personas y estudiosos de la geografía, derechos naturales e históricos de esa zona. Este encendido amor, que como queriendo derrotar el hielo y con algo formar una barrera contra posibles enemigos de la patria que lo expresó en poemas como "Radio a la Antártica" y "Canal del Beagle", y en sus panfletos de un comité patriótico: El "Comité Patria y Soberanía" donde su inspirada voz, alerta al pueblo chileno ante cualquier prepotencia extranjera que quisiera profanar nuestro mar, su amado océano; ya sea en Beagle, o en el Estrecho de Magallanes, o en el paso de Drake.

El mar era suyo, como un hermano gemelo y como a tal lo defendió también ante el posible peligro que pudiera correr ante una potencia externa, su puerto de Antofagasta. En su famoso poema "Estoy mirando el mar"... evoca al valiente marino, al soldado heroico de la Guerra del Pacífico, a los Ossa y los Almeyda vencedores, y amantes del desierto para que, a ejemplo de ellos y respetando su sacrificio de sudor, trabajo y sangre, sepamos defender nuestro patrimonio en la desolada extensión norteña. El mismo amor patrio que extiende en su libro "Fuego en la frontera".

En este amor al mar se unió a "Los Hermanos de la Costa" siendo allí distinguido con el título de "Gentilhombre del Mar", honor tributado en esta orden sólo a personajes destacados. En este mismo año formó parte en Francia de la Sociedad "Cap. Horniers", institución muy exclusiva a la cual pertenecen marinos de diversos países: holandeses, franceses, ingleses, etc... casi todos ex capitanes de los viejos barcos mercantes a vela que hacían la carrera a través del Cabo de Hornos buscando las ricas especias de América y Asia, además, de cacao, caña de azúcar, té, etc...

Permaneció así también a la Sociedad del "Bote Salvavidas" de Valparaíso que lo cobijó por última vez en Capilla Ardiente para luego entregar sus cenizas al Capitán del cazaterpederos "Pezudo" para su último viaje a la rada de Antofagasta, tras de luego ante toda la Hermandad la Oración al Mar, que él mismo escribiera y expresara todo el real alcance de su entrega apasionada al mar.

Y el mar le correspondió con igual fervor. Le protegió y ayudó en su destino de conuario afortunado de aventuras, llevándolo en su lecho palpitante de cielo, a todos los rincones apartados, marcados en su carta náutica. Así, abrazando la carrera diplomática fue que recorrió Bélgica y pisó por primera vez la hermosa tierra francesa como Comandante en 1938. Luego el sol de España ancestral, las fantasmagóricas nieblas en la castillana Inglaterra, Italia, jardín de Europa; el Mar Negro rodeado de galeras alejandrinas bajo el sol incomparable de misi casajana en sbeja griega prendida al mármol del Partenón. Luego Turquía, mágica y parda, con la letanía donde bebía café y fumaba Pierre Loti, y que Salvador volvería a dar vida conjurando los espectros de viejos sultanes, y de las odaliscas de los harenes, sollozando junto a la bella tarca "Aiyayé".

Vivió también Haití, sirviendo la ruta de los baulillos del mar tropical, para visitar, ávido de emoción y de vida, la fortaleza de Toussaint-Louverture, quien entregó emoción y vida a la libertad de su pueblo. Al fin, de nuevo Francia, la encantadora, como su esposa Suzanne que fue la viajera de su corazón y el mundo, y quien lo acompañó hasta su muerte y aún después de ésta, tratando de reivindicar el recuerdo de él en la memoria de sus conciudadanos y de los cuales en sus últimos tiempos recibiera ingratitude y decepciones.

"Adiós, pueblo ingrato" dijo una vez al despedirse en soledad del Copiapó que lo vio nacer. Y en otros pueblos que él, sin embargo amó y siempre guardó en su corazón. Ese corazón generoso que olvidó y perdonó, queriendo permanecer para siempre en su terruño, a pesar de haber tenido todo un collar de grandes y lejanas urbes en su mano.

Aquí, en su mar del Norte, para que el océano chileno lo rodeara, abrazara y acunara siempre en la canción de "las tres ramas reivindicadas" llevado en paseo constante su espectro, de la mano de viejos tritones sabios, que le mostrarán eternamente los tesoros piratas de los antiguos galeones hundidos.

La añhora con sus cenizas, fue lanzada al mar frente al puerto de Antofagasta el 9 de febrero de 1977.

Julio Aciaras Nuñez

EL MERCURIO - ANTOFAGASTA - 25. IX. 1972 - P. 3

A Salvador Reyes [artículo] Julio Aciaras Nuñez.

Libros y documentos

AUTORÍA

Aciaras Nuñez, Julio

FECHA DE PUBLICACIÓN

1972

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

A Salvador Reyes [artículo] Julio Aciaras Nuñez.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile